

EL FIGARO

PERIODICO LITERARIO Y ARTISTICO

HEMEROTECA
RESERVA



Excmo. Sr. D. Fidel A. de Santocildes

† EN EL CAMPO DE BATALLA EL 13 DE JULIO DE 1895

Dos retratos de Maxime Du Camp



Maxime Du Camp tiene ya su medalla perfectamente acuñada, con anverso y reverso. Un escritor exquisito, de espíritu sutil, á quien no se despintan los más tenues matices de carácter, M.

Paul Bourget, ha grabado con buril muy fino la cara brillante. El vizconde de Vogüé, literato muy estirado y lustrado, que hace gala de ironía un si es no es impertinente, se ha encargado de diseñar la faz mate.

Bourget ha sido el sucesor de Du Camp en la Academia Francesa, y, siguiendo la costumbre, al ocupar su puesto en la sesión del 13 del pasado junio, ha trazado su retrato literario. El vizconde de Vogüé estaba encargado de contestar á Bourget, y no ha querido perder la oportunidad de hacer también un diseño de su antiguo y lamentado colega.

El cotejo de los dos retratos resulta curioso. El de Bourget es ante todo obra de moralista, de moralista que es al mismo tiempo psicólogo discreto y hombre de mundo. El de su padrino es obra de pedante. Siento mucho que el lector vaya á tomar la palabra tal como suena. No se me ocurre otra. Sin embargo no quiero decir pedante en el sentido corriente; más bien quiero significar pedagogo. Es el significado histórico el que ha traído esa palabra mal sonante al extremo de mi pluma. Quiero decir, pues, que es obra de un pedagogo algo pedante. Así se puede conciliar todo.

Paul Bourget estaba admirablemente preparado para estudiar y poner de relieve la interesante fisonomía moral de ese hijo azogado del romanticismo, cuya juventud fué un torbellino, cuyas primeras obras literarias eran las flores extrañamente matizadas de una imaginación sin asiento, y que terminó en el apacible sosiego de la casa de un parisiense que ha viajado mucho y desea moverse poco y en las tareas reposadas del más escrupuloso monografista. El marcado contraste de las dos mitades de la vida de Du Camp, reflejado con singular exactitud en las producciones de su pluma, estaba solicitando un espíritu tan escrutador y tan amaestrado en la contemplación de los dramas morales, como el del autor sagaz y sutil de los *Ensayos de Psicología Contemporánea*.

Lástima que el director de la Academia se haya entretenido en agriarnos ese placer exquisito, dándose el fácil gusto de enumerar todo lo que pudo haber sido, pero no fué, el distinguido historiógrafo de París. Por muy picante que haya resultado el contraste entre el elogio caluroso y á la postre merecido de Bourget y las bellas dentelladas con que el señor vizconde hace presa en el renombre de M. Du Camp, «que había soñado poblar el mundo con criaturas vivientes y se despertó coleccio-

nador de datos é informes», el lector hubiera prescindido con gusto de saborear esta bella muestra de confraternidad académica.

Los que conozcan, y no son pocos, la vasta labor literaria de Maxime Du Camp, encontrarán en definitiva que su antiguo colega acentúa de propósito los rasgos que, en su perfil, se prestan á la caricatura. Esto nunca es difícil. Son muy pocos los poetas de quienes no pueda decirse que no se hombrean con Chateaubriand ó Víctor Hugo. Pero ¿entran acaso por docenas en las academias los Alejandro Dumas ó los Renan? Lo que abunda es la mediocridad; y los cenáculos de la gente de letras no escapan al lote común. Quizás los malévolos pretendan sostener precisamente lo contrario. Y recordarán que ha podido escribirse una muy famosa historia del sillón cuarenta y uno de la Academia Francesa. Casa de literatos, donde dejan rondando fuera á Emilio Zola, no debe mostrarse muy quisquillosa respecto al equipaje literario de sus huéspedes.

Cierto que no todo es literatura en la producción de Du Camp. A pasar las obras de los académicos por filera muy angosta tampoco sería literatura lo más de cuanto quedase de desecho. Pero lo que sí puede aseverarse es que, aun en las páginas más áridas de M. Du Camp, queda el humillo, cuando no hay el sabor literario. Por escrúpulo de purismo no he dicho *bouquet, flavor*. Ténganlo por dicho los que no se asusten por tan poco. Sería difícil haber trazado el cuadro amplísimo de su *Paris* con más exactitud de inventarista, con más escrúpulo de demógrafo, con más competencia de perito, siendo al mismo tiempo y en todas ocasiones ameno é interesante. Decía Mercier que, en París, un hombre capaz de reflexionar no necesita salir del recinto de sus muros para conocer la humanidad. Y, con esta inspiración, trazó su famoso *Tableau de Paris*. Maxime Du Camp pretendió menos y pretendió más. Sin prescindir de lo moral y sus matices fugitivos, á que se había circunscrito su célebre predecesor, ha querido anatomizar el gran organismo de una capital moderna y mostrar luego como circula la vida por sus diversos miembros. Esta empresa difícil é importante es la que llevó á cabo con pleno acierto. Es el suyo un libro completamente distinto del de Mercier; y distinto así mismo de aquel diccionario en cuatro volúmenes, impreso en casa de Moutard, de que éste se burlaba discretamente. No es un inventario, ni una serie de cuadros de costumbres; es la anatomía y fisiología de París.

Sin embargo, se dirá que no se ha puesto en duda el mérito de la obra de Du Camp, sino su valor literario. Du Camp fué siempre literato; no entra, por ninguna de sus obras, en la categoría de los *demi-auteurs* que, como vemos ya en Mercier, han abundado siempre en esa gran metrópoli del espíritu. Haría bien el crítico descontentadizo, que lo juzga ahora de pasada, en leer el capítulo en que el antiguo pintor de París estudia las variedades literarias que se dan en su fértil suelo. Quizás tropezaría allí con su propio retrato.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

El General Santocildes

Aparecen en la primera página de EL FIGARO los retratos en busto y de cuerpo entero, del bizarro General, Excmo. Sr. Don Fidel Santocildes, muerto en campaña, en el cumplimiento de su deber.

Siempre es triste la pérdida de un militar valiente y pundonoroso; pero es más triste aún cuando á esas condiciones del guerrero, que sucumbe gloriosamente, se añaden las más altas condiciones de simpatía y caballerosidad del hombre particular que deja un recuerdo perdurable en el corazón de sus amigos. Con la amistad del Sr. Santocildes nos honrábamos, porque en ella encontramos siempre la lealtad de su carácter, su noble espíritu generoso y abierto y la corrección más delicada.

Descanse en paz el valiente militar, el cariñoso amigo, el amantísimo esposo y padre de familia, que deja doliente y enlutado el hogar de sus amores.

A la que fué su digna compañera y á sus hijos, enviamos nuestro sentido pésame.

Honor merecido

En la breve temporada que estuvo en Madrid, nuestro querido amigo y compañero Ezequiel García Enseñat, conquistó afecciones por su trato y admiradores por su talento y cultura.

De ello han dado prueba reciente los socios del Ateneo, al elegirle Secretario de su prestigiosa Sección de literatura, al lado de Picón, Icaza, Menéndez Pidal y otros distinguidísimos literatos. Reciba nuestra expresiva felicitación.

Ezequiel García se encuentra de nuevo en París, pero con la mente de instalarse en la corte, con su familia, en el próximo mes de Octubre.

Desde una y otra capital, honrará las columnas de EL FIGARO, enviándonos sus admirables correspondencias.

La tarde

El lento són de la pausada esquila,
aumenta de las almas la tristeza;
es la hora dulce en que la tarde empieza,
la oración triunfa y la impiedad vacila.

Véspero abre en el éter la pupila;
el corazón cristiano llora ó reza,
en tanto que el horror se despereza
y entre la sombra su puñal afila.

Cantando á media voz por los senderos
regresan á su hogar los labradores
pensando en niños rubios y hechiceros;
y comienzan entonces los amores
en que los novios castos son luceros
y las pálidas novias son las flores.

Julio, 95.

B. BYRNE.

El bandolero andaluz

Encajada la persona
sobre su potro cuatralbo,
en la memoria su *jembra*
y su trabuco en la mano,
el antiguo bandolero,
audaz, libre, fiero y bravo,
cruzaba de Andalucía
por los pueblos y los campos.

El calañés negro y fino
sujeto atrás con un lazo,
la canana á la cintura
llena de pólvora y tacos,
las botas de mil torzales
con largas borlas colgando,
justillo de felpa viva,
chaqueta rica de ramos
y pantalón con sus broches
sobre los muslos brillando,
daban á su airoso cuerpo
tan pintoresco boato,
que fué célebre en el mundo
por su porte y por su rango.

Genial, pues, en sí llevaba
un ser bueno y otro malo:
realizaba una proeza
para hacer un desacato.

Respaldaba una acción buena
con una acción de bellaco,
y «al pobre daba limosna
del rico con lo robado».

Por altar tuvo una reja
y en ella un cuerpo bizarro,
y manejó la guitarra
cual las riendas del caballo.

Se acompañaba en los bosques
con los ecos de su canto,
y fué su culto el peligro,
y el valor fué su vasallo.

No quiso tronos ni cetros,
sí sólo gastar de largo
y dejar rastros de oro,
porque era bello dejarlos.

Formaron sus tres pasiones
hembra, trabuco y caballo,
y fué más grande que reyes
que la historia ha consagrado.

Tan arrogante figura
llevaba bajo su mano
el más espléndido bruto
que vió Córdoba en sus campos.

Sobre el lomo reluciente,
sedoso, robusto y amplio,
á un *sudador* oprimía
un *albardón* rameado.



Sobre él iban dos *aneas*
orladas de flecos varios,
y tres *ropones* encima
soltando lluvia de lazos.

Recubriendo esta *carona*
iba una *enjalma* con ramos,
y un *atajarre* de flores
que los estambres bordaron.

Un ancho *pretal* caía
sobre el pecho firme y ancho,
con más sedas y caireles
que madroños tiene el árbol.

Un *cabezal* con mil rosas
al *mandil* iba pegado,

que echaba raudos reflejos
al ir el bruto marchando.

La *sobre-enjalma* oprimía
una *cincha* de una mano,
con más tonos y matices
que flores abre un ribazo;
y de la airosa culata
nudaba el largo penacho,
un atacola de seda
con dos mil borlas temblando.

Es épica la figura
y ella sola llena el cuadro:
¿á ver? Que vengan pintores
y empiecen á dibujarlo.

SALVADOR RUEDA.



PAGANISMO

A CARLOS PIO UHRBACH.



CABO de hablar con la encantadora Irma, la jovencita más vivaracha que Dios echó al mundo para desesperación de tontos y mogigatos.

Para que su recuerdo no se marchite y fenezca en mí, me ha hecho traer aromoso bouquet donde se destacan caléndulas, margaritas y mimosas, que además de su natural perfume vienen impregnadas del perfume de Irma, cuyos encantos evocan.

Esta muchacha—me he dicho—ha nacido para ser una adorable bacante, como las que el arte nos ofrece iluminadas por el lápiz de Gavarni. Su cuerpo flexible de virgen, verdadera maravilla de mármol sonrosado, transportaría loco de amor á

un artista. No me digan los místicos que el entusiasmo por la

Si se imaginan lo que refiero como un horroroso escándalo, culpen á la vida que nos ofrece en extravagante maridaje, el bien y el mal, lo puro y lo impuro, la acción gloriosa unida á la afrenta humillante. Y para mí el arte es la traducción de la vida... en solfa.

Yo convocaría á todos los pudibundos, á todos los repugnadores de la carne para que perdieran el seso contemplando los pies de Irma, esos pies que yo he mirado con mirada codiciosa tantas veces, con el misterioso resplandor que proyecta la extrema ventura... esos pies envueltos en finísima media de seda, que ostenta sus líneas elegantes y fugaces. ¿Y qué dirían de su torso airoso, de su satinada espalda, sobre la que cae en undivagos mechones su cabellera bizarra como melena de león?

Pobre Irma, agotada por la desgracia y con el corazón mar-



TEATRO DE LA GUERRA.—Ferrocaril de Gibara á Holguín: Entrada al túnel, próxima al lugar en que fué descarrilado el tren por una partida insurrecta.

forma femenina es pecaminoso; el mejor argumento que se les puede presentar es la propia Irma, que como Friné ante sus jueces, no temerá soltar el abrigo de nutria que besa sus carnes pulidas, y ostentar triunfalmente su avasalladora hermosura.

Desde luego confieso que Irma no es impasible, ni puede tener la severidad de un bronce florentino; por la sangre de sus venas circula hervoroso el febril deseo, precursor del pecado, y la ola de la vida que se precipita con loca magnificencia en impetuosos movimientos.

Yo quisiera que á tan noble poema de carne, se uniese un alma más transparente que el cristal de roca, mas santa que Dios mismo; pero hay que aceptarla perversa y satánica como es. La naturaleza, al par que los venenos y los reptiles, crea las rosas y los diamantes, las azucenas y las perlas. No culpemos injustamente á tan augusta madre por haberse complacido, ebria de ironía, en formar la rarísima persona de Irma.

chito por la desconfianza antes de haber vivido.... Te creen un pecado viviente, un disfraz con que el mal se resiste para salpicar de lodo inmundo los puros carazones y hacer descender á las almas de la región ideal de los ensueños al barro impuro y mediocre que las absorbe.... Es verdad que las triquiñuelas del salón, que los más sutiles matices de la galantería te son conocidos; pero todo eso, da al traste con las múltiples truhanerías de la seducción, que si á veces tienes valor para descubrir y rechazar, á veces también te dominan y encantan por una especie de magnetismo de pasión y felicidad.

Al fin podrás tener el altivo consuelo de haber entonado con el ritmo escultural de tu cuerpo el himno triunfal de la Belleza y la glorificación inmortal de la Forma.



DON ANTONIO TOVAL MARCOLETA
Teniente Coronel del Batallón de Colón, que salió a proteger el convoy de Cauto á Bayamo.

El padrino del pez

(SONETO)

—Sabrás ¡oh Celestino! que en mi huerto,
y en una hermosa pila conservado,
tenía un pececillo colorado
que un día me mandó mi primo Alberto.
Yo le quise enseñar á hacerse el muerto
y á fumar y á bailar zapateado;
mas el pez resultó mal educado,
y al fin le castigué por inexperto.
Horripila pensar, buen Celestino,
la muerte que le dí, nada tranquila.
¡Me erigí en su padrino!

—¡Qué pollino!
¿Y ése es todo el castigo que horripila?
—Sí, señor; porque «hacerme su padrino»
quiere decir que *le saqué de pila*.
(Madrid)

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

Sombríos

A Carlos A. Vasseur y Poo

¡Oh los dulces, los mágicos delirios,
que brotáis en las almas de los bardos
con la blanca pureza de los lirios
y la suave fragancia de los nardos!
¡Oh los dulces, los mágicos delirios!

Sois vosotros los castos trovadores
de la rima sutil, del rondel tierno,
y sois también los fieles amadores
de los tristes crepúsculos de invierno;
sois vosotros los castos trovadores.

¡Oh las bellas, radiosas esperanzas
que surgís en las almas condolidas,
como allá en las silentes lontananzas
del éter, las estrellas encendidas!
¡Oh las bellas, radiosas esperanzas!

Sois vosotras las púdicas amantes,
las pensativas niñas ruborosas,
que sentís las dulzuras enervantes
de las azules noches silenciosas;
sois vosotras las púdicas amantes.

¡Oh las nostalgias que en tranquilos vuelos
emigráis á las fúlgidas regiones
donde florecen místicos anhelos
y existen las doradas ilusiones!
¡Oh las nostalgias de tranquilos vuelos!

Disipad mis amargas desventuras
y revivid mis goces ideales,
pues me causan insólitas pavoras
mis tétricos letargos funerales.....
¡Disipad mis amargas desventuras!

CARLOS P. UHRBACH.

Julio, 95.

LAS ESTRELLAS

En las noches sosegadas
llenar el cielo sombrío
como perlas engarzadas
en el obscuro vacío.

Ya sueñan estremecidas
sobre la celeste alfombra,
blancas tórtolas dormidas
en el nido de la sombra.

Ya con luces indecibles
son pupilas asombradas
de los rostros invisibles
de mujeres codiciadas.

Y á su esplendor misterioso
pienso que al verlas, soñando
de una en otra silencioso
un ángel las va besando.

M. S. CARBALLO.



TEATRO DE LA GUERRA.—Acción de Chapala (Bayamo)
Capitán D. Antonio Caro Villacón, herido de dos balazos
recibidos á un mismo tiempo.

Bienvenida

A mi Director

Entre poéticas galas,
por muy diferentes modos,
todos los poetas, todos,
pintan el amor con alas.

Con ellas la suerte trenza,
y siempre hermoso y triunfante,
no hay valladar que le espante
ni obstáculo que no venza.

Que el amor tierno y profundo,
el que no cesa jamás,
más consigue y puede más
que los tesoros del mundo.

Tú, con la fe que sostienes
y el tesón con que venciste,
en alas del amor fuiste
y en alas del amor vienes.

Pero con gracia resuelta
toda vez que, aquí inter nos,
al marchar llevabas dos
y con cuatro das la vuelta.

Llegas ya con palma y gloria
tras de luchas y emociones:
¡bien hayan los corazones
que alcanzan esa victoria!

Bien haya la fe sentida
que alienta al piloto experto,
para llevar rumbo cierto
por los mares de la vida.

¿Dónde hay placidez mayor
ni encanto más dulce y suave
que el de verse en blanca nave
guiada por el amor?

Feliz quien la dicha alcanza
y quien, tras lucha violenta,
atrás dejó la tormenta
para entrar en la bonanza.

Mi querido Director:
si al fin conseguiste el nido
más cariñoso y mejor,
bienvenido, bienvenido,
con las alas de tu amor,
(Julio, 1895)

ABELARDO FARRÉS.

Plafond

(PARA LA NOVIA DE UN ARTISTA)

Dan, señora, los albos rosales
para ti su botón eucarístico,
alma y flor de las rimas triunfales
de un poeta bohemio y artístico.

El botón de la rosa es el premio
que á tu excelsa hermosura otorgara
un artista poeta y bohemio
que en sus rimas tus triunfos cantara.

Para ti, la aristócrata lira
del rey Luis de Baviera, vibrando
dió la estrofa que arrulla y suspira
y el rondel que acaricia besando.

El florido y gentil limonero,
blanca novia, te da su diadema,
para uncir, vencedor caballero,
al que es héroe de un casto poema.

En tu frente que envidia el carrara
el cabello es un lampo de aurora,
es el sol que á Borgoña inspirara
el Toisson que á la gloria enamora.

En tu busto de regios perfiles
la blancura del lirio agoniza;
hay en él palideces sutiles
donde el cisne su cuello desliza.

Tu mirada es de estrella, y temblando
en tus ojos, á imperios risueños
va tu alma, bogando, bogando.....
en la góndola azul de los sueños.

En la góndola leve que aleve
da á la brisa fugaz su alba vela,
á la brisa traidora, que breve
mueve leve las alas, y vuela.

Tuyas son las promesas errantes,
tuyos son los suspiros, señora,
y los pálidos ramos fragantes
que en tus sienes el símbolo adora.

Vuela, amada de un rey de la idea,
boga, oh musa de extraños amores,
ya el incienso en las naves ondea,
ya el naranjo derrama sus flores.....

FEDERICO UHRBACH.



TEATRO DE LA GUERRA.—Teniente Coronel D. Patricio Giral,
Jefe de la columna que sostuvo la acción de Chapala (Bayamo).

EL BUEN CUMINO



Si, señores—dijo el pintor Mendigutia—uno debe de ser amigo de sus amigos y hacerles todo el favor que pueda.... pero si se trata de alguna cuestión de mujeres..... oíd la historia que os voy á referir, y haced después lo que queráis.

Gerardo Oliver y yo éramos íntimos amigos desde la prime-



ra juventud, á tal extremo que nos ayudábamos en nuestros mutuos compromisos, y él me pagaba la casa de huéspedes cuando yo no tenía y yo hacía con él lo propio cuando llegaba la ocasión. Comunes eran nuestras dichas, por igual compartíamos las ligeras penas que nos amargaban; habíamos vivido en fin tan estrechamente hermanados, que nos llamaban *los inseparables*, y sentíamos al oírnos llamar de ese modo intenso regocijo; porque nada agrada tanto á nuestro corazón como el ver reconocidos sus buenos sentimientos. Sería larga la historia de aquella juventud alegre y de aquella amistad profunda tan bruscamente interrumpida. Los años de estudiantes en el Instituto; las confidencias de nuestras correrías nocturnas.... Yo ingresé en la Academia y él, recibido el grado de bachiller, se hizo cargo de los negocios de su padre, y al morir éste quedó por completo al frente de ellos, revisitiéndose en una noche de la gravedad necesaria para asumir las responsabilidades de su nuevo estado.

De tarde en tarde volvíamos á vernos. Sus negocios adelantaban acertadamente encaminados, y yo aprobé el último curso, y me dediqué á mi especialidad, el paisaje; llegando á adquirir en breve tiempo un nombre.... del que quizás no se acuerden los que pagaban entonces mis trabajos á peso de oro.

Nuestra antigua y sólida amistad no decayó en nada, sin embargo del opuesto rumbo que emprendimos. Nuestras entrevistas ganaron en afectuosas lo que habían perdido en continuas, y en el par de horas que robaban á nuestras ocupaciones, nos ofrecían siempre el mismo placer de otro tiempo; se atropellaban las confidencias, y los planes del porvenir y el deseo que nos animaba adquirían mayor encanto en la precipitación con que nos los referíamos.

Gerardo era ya todo un hombre de negocios y yo había inundado ya los salones y los almacenes de cuadros con mis famosos paisajes.... cuando una noche, al encontrarnos en una esquina, me participó mi amigo su próximo enlace.

Sentí que se me iba; pero experimenté el contento de su dicha. Gerardo se casó. Asistí á sus bodas, y transcurrieron dos años, durante los que nos vimos de pasada en el teatro, en la calle, de

raro en raro en alguna visita de cumplimiento. Pero siempre al hallarnos nuestros corazones latían al unísono; nuestros brazos se abrían para estrecharnos en ellos, y en aquella exclamación que lanzábamos al vernos:

—¡Gerardo!

—¡Mendigutia!

el pasado despertaba y el hombre de negocios con su vientre espléndido y el artista con su andar incierto surgían lijeros y felices como en sus años de bohemia.

—Sí, señores; uno debe de ser amigo de sus amigos....

Cierta tarde entraba yo en el Círculo, después de nueve horas de fatigoso trabajo que empleé en dar las últimas pinceladas á una obra que debía entregar al día siguiente y que no obstante mis esfuerzos no había acabado todavía, cuando vino á herir mis oídos, mezclado á una historia de perjurio, el nombre de mi amigo.

—¿Habláis de Gerardo?—pregunté.

—Sí—me respondieron—de Gerardo Oliver hablamos.... Ya sabes, su mujer.....

—¿Su mujer? ¿Su esposa?

Busqué con los ojos extraviados una butaca en que caer, y hundi la frente entre ambas manos, y con el pensamiento me trasladé á aquella lejana provincia en que se hallaba á la sazón mi amigo, fiel cumplidor de sus deberes.

¡Mi amigo engañado! ¡Mi hermano sumido en la desgracia!

Dejé la obra por concluir; escribí á su dueño, que ya me había entregado la mitad de su precio por adelantado, cuatro renglones en una tarjeta, disculpándome, y me marché, cogí el ferrocarril, me puse en camino para abrazar al pobre Gerardo y prevenirle, y brindarle un pecho noble en que consolar su infortunio.

—Ah! señores. ¡Qué viaje tan memorable el del *buen amigo*! En mi atolondramiento por no perder el tren de la mañana me



dejé olvidado en casa el portamonedas; y tuve que volverme á pie bajo un copioso aguacero porque no encontraba coche y el tiempo se me iba; me calé hasta los huesos; un catarro rabioso me hizo

presa; y tomé asiento por fin en un wagón de primera, entre el ridículo de mis descomunales estornudos....

Todo lo daba yo por bien empleado con tal de que mi amigo encontrase un compañero; y salió el tren, y me pareció á mí que el maquinista, porque sabía precisamente que yo tenía prisa en llegar, moderaba la marcha de la locomotora, sin embargo de que, como luego supe, el malvado aceleró la marcha como nunca.



Mientras el tren corría, el pasado desfilaba ante mis ojos. ¡Gerardo tan bueno, sorprendido en medio de su dicha por una infamia de la mujer que tanto amaba! Siempre habíamos sido felices. Aquella era nuestra primera desventura. Yo le consolaría; yo secaría sus lágrimas; yo le apartaría de un mal pensamiento; yo le haría olvidar á aquella mujercuela; y aunque no estábamos para trotar muy fuerte, volveríamos á emprender el camino en que dejamos las calaveradas de nuestra juventud. La empresa que yo acometía era la más noble que pudiera un hombre acometer....

Iba embebido en estas reflexiones, haciendo de seguro para mis compañeros de viaje el papel de loco, cuando un terrible sacudimiento me arrojó contra mi vecino, y rodamos los dos por el piso del wagón que se hacía mil pedazos, sin que llegáramos á comprender nada de lo que sucedía. Yo sólo recuerdo que el silbato de la locomotora lanzó un gemido espantoso, como si se le hubiese abierto el vientre, y que me sacaron unos guardias civiles con el brazo derecho fracturado de entre las mil astillas en que se hizo aquel coche de primera....

Al doblar una curva,

la máquina había tropezado con un carro atacado sobre la vía, y unos dentro de otros se metieron los wagones del tren expreso á toda velocidad, semejando los canutos de un catalejo cuando se recogen. Total, seis muertos y catorce heridos.

De allí nos trasladaron á una miserable tenducha en la que hasta el agua escaseaba; un médico rural me curó el brazo y me lo puso peor de lo que lo tenía, y dos horas después vino á recogernos un tren de auxilio, llegando por fin al deseado término de mi viaje, casi olvidado de mis dolores al pensar en los de mi amigo del alma.

Inmediatamente envié á Gerardo una tarjeta mía con un criado de la fonda en que pedí hospedaje, y una hora más tarde estábamos frente á frente....

El entró con ruidosa alegría, llamándome por mi nombre desde la mitad de la escalera. El corazón se me subió á la garganta en cuanto le oí. Me levanté de la cama, y le recibí en la puerta con un abrazo cariñoso.

—¿Pero qué es lo que tienes?—me preguntó al observar los vendajes de mi brazo.

—Nada,—le respondí—un golpecito sin importancia.

Y no le quitaba del hombro el brazo sano.

Se sentó en el sofá y me senté á su lado.

Al verlo tan alegre casi me echo á llorar.

Le pregunté por sus asuntos.

Y él no cesaba de indagar la causa que me había llevado hasta allí.

Le conté lo del descarrilamiento, y para demorar todo lo posible el fatal instante, le hice la historia con un lujo de detalles, que ya hubieran querido para sí los reporters encargados de dar cuenta del suceso.

Sin saber cómo nos encontramos liados en medio de aquel siniestro diálogo que yo no sabía cómo empezar.

—Sí, mi querido Gerardo—le decía—no debes pensar más en esa mujer que tan infamemente te ha engañado, pisoteando tu nombre y sumiéndote en el cieno. Yo soy tu amigo de antes. Olvídala. No cometas ninguna locura. Sería empeorar las cosas. Déjala que se vaya. Es el mejor castigo....

El ultrajado esposo reclinó la frente sobre la palma de su mano derecha; y yo consideraba la horrible pena que torturaba su corazón, cuando levantó la cabeza y oí espantado que me dijo:

—Sí, mi buen amigo.... ¡pero ya es la segunda vez!.....

Me levanté furioso, y empecé á dar golpazos sobre el timbre de llamada.

Así que se apareció el criado:

—Pronto—le dije—un médico. Este brazo me duele horriblemente. ¡Quiero curarme!

Pero no me he curado todavía, como veis. Mi brazo derecho, cuya muñeca no dá nada de sí, no es ya el de aquel famoso paisajista. Libráos siempre de faltar á vuestra palabra, de estornudos ridículos y descarrilamientos.... y sed amigo de vuestros amigos cuando no se trate de cuestiones de mujeres.

(Julio, 95.)

FEDERICO VILLOCH.

NOTITAS

Cuando un rico cae, decimos: tropiezo. Cuando cae un pobre: borrachera.

La pobreza es una camisa de fuego.

El que baja á un pozo por la cuerda de otro se queda á la mitad del camino.

Si un aura tiñosa es tu guía, serás siempre desgraciado.

Al pájaro no le pesan nunca las alas.

El que busque un amigo sin defectos, no tendrá nunca amigos.

Conde Kostia.



CRONICA

COJÍMAR, con su pintoresca y alegre playa, va siendo este año uno de los lugares favoritos de temporada por el crecido contingente de familias que se aloja en las casas y por la variedad y animación de sus fiestas.

Bien situado, con un poético paisaje por marco, muy fresco y con fácil comunicación, Cojímar es digno de florecimiento.

Florecimiento que se señala con mayor relieve cada año que pasa. Hoy cuenta Cojímar con unos baños bien atendidos, varias quintas, un hotel magníficamente montado y por la carretera que une el caserío con la inmediata villa de Guanabacoa cruzan al día numerosas guaguas de una empresa, como la de «El Progreso», á quien se debe gran parte del fomento adquirido por el simpático y legendario «pueblo del castillito».

Las *matinées* que se vienen celebrando quincenalmente en la glorieta de los baños reúnen los dos elementos que implican el buen éxito de toda fiesta: concurrencia y animación.

La última de estas *matinées*—segunda de la serie organizada—se celebró el domingo.

Huelga toda descripción cuando después de una fiesta se reúnen en un *carpet* nombres tan simpáticos como los de las siguientes señoritas, que favorecían con su presencia la alegre *matinée*:

María Luisa y Elena Montalvo con sus graciosas primitas María Luisa y *Lolita* Montalvo y Morales, Adelaida Dolz, María Teresa y Carmen Guitard, Dulce María Mendi-ve, María Solórzano, María Bróderman, Ana Matilde é Inés Arroyo, Elisa Bordas, Caridad y Mercedes Blanco, Mercedes Torres, Beatriz Laborde, Adriana y Virginia Costales, Julia y Milagros Velazco, *Lolita* Aballí, Eva y Josefa Vega y Asunción Pallarés.

A propósito de *matinées*.
Este domingo se efectuará la tercera en la playa de Marianao.

Á la llegada del tren de la una romperá el baile la orquesta de Valenzuela con un precioso rigodón.

He visto las tarjetas que se repartirán con los programas.

Muy bonitas y elegantes. Dignas de conservarse como *souvenir* de la fiesta.

Entre los elegantes de Madrid está haciendo furor el sombrero de paja negra.

La moda ha llegado á la Corte y se ha extendido por los pueblos y playas de temporada, cuando ya en esta triste colonia ha sido desechada.

A principios del otro verano impusieron esa moda entre nosotros varios jóvenes muy distinguidos. Empezaron los Mendoza, los Pulido, *Pancho* Montalvo, etc., y la moda se generalizó rápidamente.

En Madrid y en San Sebastián es tal la vengencia por el *chapeau* de paja negra que no hay cronista que no hable del asunto. A propósito de esto escribe lo siguiente, con su donosura habitual, el ingenioso y ático Eusebio Blasco:

«Hace tres años que le regalé á un hombre tronado un sombrero de paja negra, porque ya en París no se llevaban...»

Ahora comienza la moda de los sombreros de paja negra en España. Se ven por todas partes y en todas las cabezas.

¿En qué consiste que las modas de París vienen tan retrasadas á una nación tan vecina de Francia como la nuestra?

Por lo menos tardan año y medio.

Y cuando llegan, los elegantes y las mujeres á la moda, las achican, las disminuyen, las recortan...

¿Se usan sombreros, trajes, gabanes muy grandes por allá?

Pues aquí parece como que hay miedo de lo que se llama en el lenguaje madrileño la *tomadura de pelo*, y los gabanes, trajes ó sombreros han de ser más modestitos.

No nos gusta en España llamar la atención sino en cosas morales, es decir, en hechos de resonancia, en actos políticos ó en manifestaciones de la inteligencia.

La moda es casi una obligación, una ley que se sigue, y que viene siempre retrasada. Una vez aquí nos parece demasiado vistosa, y le cortamos los vuelos».

No falta nunca la nota triste, el eco de dolor en la relación de la semana.

Al fin, la crónica no es otra cosa que el reflejo de la vida. De trecho en trecho, cerca ó distante, siempre encontraréis al lado de la inefable sonrisa la queja doliente.

Y esa queja parte hoy del corazón de unos padres amantísimos, de los jóvenes y muy distinguidos esposos Sra. María Teresa Calvo y Sr. Cristóbal de la Guardia, heridos en lo más hondo de sus sentimientos por la muerte de una hija idolatrada, la encantadora niña Esperanza.

Nueva injusticia de la suerte; porque esas existencias débiles é inocentes por lo mismo que inspiran la ternura de la tierra parece que debían tener adquirida la protección del cielo.

¡Cuán profundo desconsuelo queda en el alma de esos padres! Tras días de dolor, hostigada Esperanza por cruel enfermedad, de nada valen la ciencia de unos, los desvelos de los otros, los ruegos de todos, porque aquella jornada había de tener por fatal cumplimiento la triste, la eterna desaparición de la infortunada criatura.

Vida tan corta y tan amada debía tener las flores por necesario epílogo. Y así, entre hojas y entre pétalos, ha bajado á la tumba la que deja en la historia, como recuerdo de su existencia, un libro de páginas blancas.

En torno del lecho de muerte de aquel ángel, se multiplicaban las ofrendas cariñosas.—Hé aquí una relación de estos postreros tributos:

Coronas.—De rosas de biscuit; de Tera y Cristóbal; de su tía Manuela; de Consuelo y Augusto; de Andrés.—De flores naturales: de «su Mamina»; de Vicente; de María Josefa; de Luisa María y Julián; de Elisa y Agustín; de Micaela y Miguel; de Miguel Iribarren y se-ñora.—Cestos de rosas: de Rosario Molina

de Murias; de Herminio C. Leyva y Sra. de Merced y Ramón; de María Antonia é Ignacio; de Rosario Murias de Domínguez; de Consuelo; de Julia Moliner de Jorin.—Una cruz de flores naturales, de Sara y Aurelio, y una palma de flores naturales de Enriqueta Echarte.

La temporada.

En Madruga hay tomando las aguas de sus maravillosos manantiales y disfrutando de la fresca brisa de aquellos contornos muchas y conocidas familias, en su mayoría de Matanzas y de esta capital.

El *Hotel Mascotte* sostiene á gran altura su crédito. Allí los huéspedes se suceden desde principios de la temporada, y todos elogian el orden y *confort*, la asistencia y situación de la espléndida casa montada por el muy querido Luis Pardiñas.

El Vedado se anima. Las mañanas de los baños son deliciosas en aquellas galerías de *El Progreso*, diáfanas, amplias y saturadas de penetrante salitre.

Los domingos, ya se sabe el paseo de moda: el nuevo parque donde se celebran las carreras de sortijas.

Una simpática amigueta mía, Emelina López Muñoz, me ha contado cosas muy agradables sobre lo que se proyecta para el resto de la temporada. Por lo pronto, y gracias á la entusiasta iniciativa de Manuel Carranza, se está haciendo una recolecta para celebrar retretas semanales en el parque. Hasta ahora el resultado es muy favorable y no es dudoso que se llegue á la realización de propósito tan halagüeño.

Se habla también de una fiesta—seguramente un baile—en los salones de la *Sociedad*.

La gratitud, siempre hermosa, es más hermosa aún cuando brota del corazón de una mujer.

La amable carta en que la Srita. Carmen Betancourt refiere al director de EL FIGARO el nuevo lauro que acaba de obtener en uno de los primeros centros artísticos de la Corte, es prueba elocuente de que en la señorita Betancourt, además del sentimiento de arte, vibra dulcemente el sentimiento de gratitud.

Como se recordará, la Srita. Carmen Betancourt, bella é inteligente hija del Camagüey, obtuvo por iniciativa generosa de la prensa habanera que nuestra Diputación Provincial la pensionase para cursar sus estudios musicales en la Escuela Nacional.

Hoy la señorita Betancourt es una alumna distinguidísima de la Escuela Nacional de Música y Declamación, á quien se acaba de otorgar la nota de *Sobresaliente* en los exámenes del cuarto año de Piano y sexto de Violín.

Ella se acuerda de esa prensa que la ha servido de auxiliar y se acuerda tras un triunfo.

Mi saludo, en nombre de todos, á la que es una legítima promesa de gloria.

En la Escuela Normal Superior de Maestras, han sido muy celebrados los exámenes brillantísimos llevados á efecto por mis bellas y estudiosas amiguitas María G. de la Maza y Poey y Celia Ayo y Lamar, premiadas con la honrosa nota de «Sobresaliente» en las varias asignaturas que componen el tercer año y los Ejercicios de la Reválida.

Llenos de justa satisfacción y orgullo es de considerar á los padres de Celia y María, pues sus hijas, casi niñas, ya que apenas han cumplido 15 años, poseen ya el título de Maestra Elemental, obtenido con la constancia en el estudio y la clara inteligencia, con que al par que gracia y belleza se encuentran adornadas por la suerte.

Matinée musical este domingo en el Teatro Irijoa.

Hace su presentación ante el público de la Habana un artista que llega rodeado de nombre y prestigio: el notable pianista y bandurrista peruano Manuel I. López.



MARÍA LUISA REVOLTA Y NAVARRO

Miradla. Es la juventud con todos sus encantos, la juventud en su más bella edad, en la edad de la esperanza y del amor.

De sus ojos, de sus labios, de sus mejillas, de su frente, del fondo blanco y luminoso de todo su ser se exhala como un soplo de fresca ternura, el aliento de sus vagos y alados suspiros.

En los salones brilla como un sol, en el hogar encanta como un ángel, y en todas las almas penetra y reina como un rayo de luz en los valles profundos.—TIBULO.

Programa muy variado, y además de variado, interesante. En él se entremezclan nombres muy conocidos en nuestro mundo musical: las señoritas Manuela Tejedor y Carmen Bazán—las honorables alumnas de la «Academia Jordá», Félix Vander-Gucht, Segundo Rígal, González Gómez, etc.

VIAJEROS.

El capítulo aumenta, con nuevos nombres, su ya larga relación. A estas horas ya han abandonado la Habana las personas siguientes: El distinguido Marqués de la Gratiud, personalidad simpática de nuestros buenos círculos, á quien acompaña su bella y muy elegante esposa la Sra. Rita Arango; los Sres. Condes de la Mórtera; el diputado á Cortes, Sr. Amblard; el abogado del Estado, Sr. Tomás Alonso Colmenares y su joven y distinguida esposa; y el Sr. Félix Iznaga, el correcto y distinguido joven.

Todos estos viajeros tan apreciados en la sociedad habanera, han salido para la Península á bordo del hermoso vapor «Reina María Cristina».

También ha embarcado para los Estados Unidos, el Sr. Manuel

trata gratis á todas las Srtas. que acudan con dicho objeto; y como no es cierto, dichos Sres. desean que hagamos constar, satisfaciendo así á las preguntas que se les hacen y desmintiendo á los ociosos ó mal intencionados que han propalado el *canard*.

Nada más delicioso que el rato que pasamos en el concierto, que con motivo de sus días, celebró nuestro distinguido amigo el señor don Enrique Jordá en su Academia de Canto y Declamación (Galiano 111, altos) la noche del 15 del actual, al cual tuvimos el honor de ser invitados.

Allí oímos á las señoritas Tejedor, Estrada, Vaillant, Santacana y otras cuyos nombres sentimos ignorar, las que con extraordinario gusto cantaron piezas difíciles en las que lucieron su talento y admirable voz.

Conservamos como precioso recuerdo el de la encantadora María Estrada y la felicitamos sinceramente por sus aprovechados estudios, que según sus adelantos en tan corto período de tiempo promete llegar á ser una verdadera joya del arte musical. No pudo escoger mejor oportunidad para su *debut* en obsequio á su digno maestro.

En tan escogida concurrencia distinguíanse damas de nuestra bue-



TEATRO DE LA GUERRA.—Una compañía del 3er. Batallón Peninsular, lavando la ropa en el río de Bayamo, al regresar de operaciones.

Rafael Angulo en compañía de su distinguidísima esposa la señora Gertrudis Domínguez.

Espléndidas han resultado las recepciones del *Parzival* en los bajos del Palacio de la Florida ó séase en el «Anteojó», Cuba esquina á Obrapia. Por falta de espacio tenemos, á pesar nuestro, que renunciar á dar cuenta de la numerosísima concurrencia y nos limitamos á notificar que el *Parzival* se ha visto rodeado por la crema y nata de la sociedad habanera.

La popularidad del *Parzival* á los pocos meses de su llegada á estas playas es un triunfo de los más notables que hemos de registrar en los anales de nuestra buena sociedad. No hay Crónica de EL FIGARO que no hable del *Parzival*.

El *Parzival* es la perfumería del fin del siglo; es el producto más excelente del Sr. D. Wm. Rieger Franckfurt, proveedor de las Reales Cortes de España, Portugal é Italia. El *Parzival* fué premiado en la exposición de Chicago con el diploma siguiente:

«Por el más alto grado y superior excelencia de las preparaciones exhibidas; por la delicadeza y permanencia del perfume; por el elegante estilo y la belleza con que han sido presentadas».

Nuestros estimados amigos, los conocidos fotógrafos, Sres. Otero y Colominas, nos hacen sabedores de que se han repartido á domicilio multitud de anuncios con la falsa noticia de que en su galería se re-

na sociedad, llamando la atención por su elegancia y sencillez la señora Concepción Boloña de Sierra, hermana política de la ante mencionada Srita. María Estrada.

Bien por el Sr. Jordá! Estará satisfecho al ver coronados sus desvelos por tan lindas como aventajadas discípulas.

Nuestro plácemes á los señores Gutiérrez, Veguillas y los hermanos Portilla, también discípulos del Sr. Jordá.

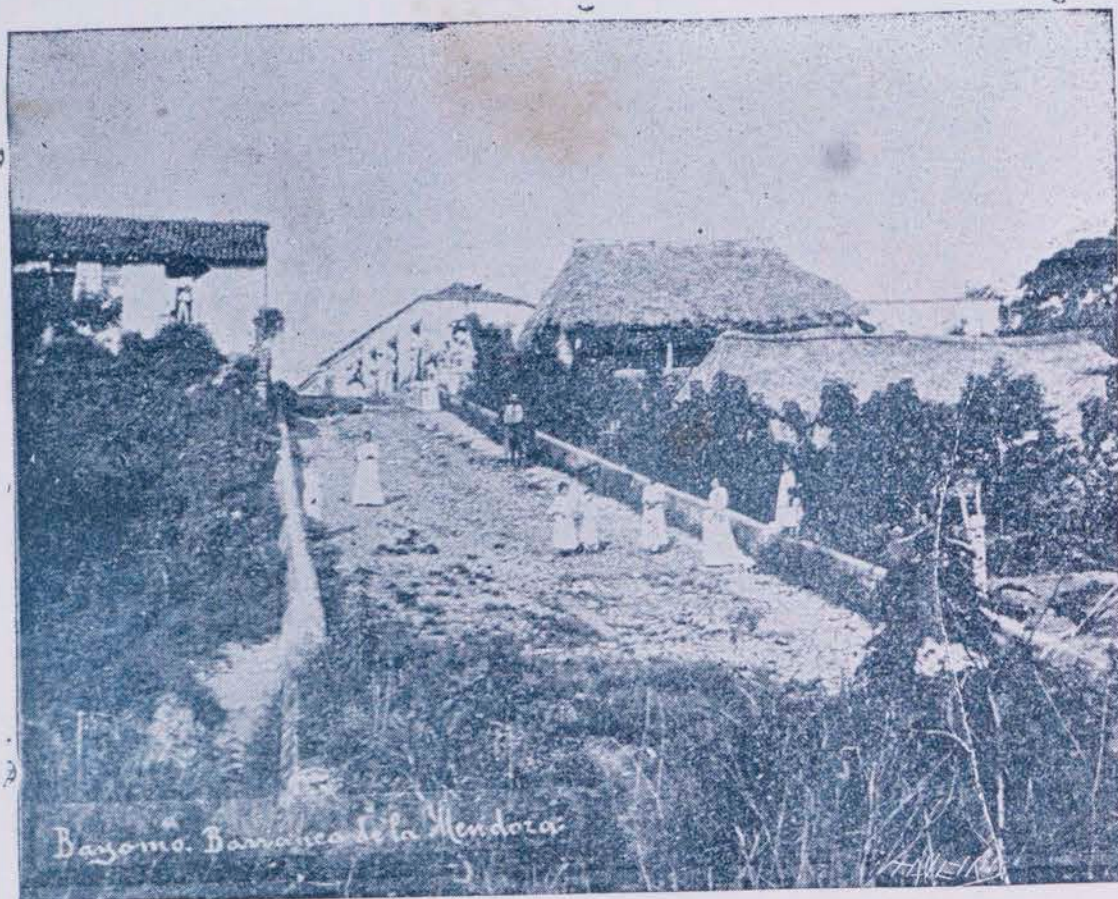
ENRIQUE FONTANILLS.

Hombres y cosas de Cuba

HA entrado en prensa en la casa editorial de este semanario el primer tomo de la serie que con el título de estas líneas publicará el joven y notable escritor Eulogio Horta. El libro consagrado á las personalidades de Sancti-Spiritus llevará una carta del Dr. Cueto y un prólogo de Valdivia. En breve se pondrá á la venta y será una edición bella hecha con la limpidez nítida y el gusto artístico que tiene acreditados esta imprenta.

La obra del Sr. Horta además del interés palpitante y la actualidad que encierra, tiene primores de estilo y profundidad de conceptos, como todos los trabajos del joven autor.

Auguramos un éxito literario y de librería á *Hombres y cosas de Cuba*.



TEATRO DE LA GUERRA.—BARRANCO DE «LA MENDOZA».—BAYAMO.

Duelos parlamentarios y políticos

(Para EL FIGARO).

A su Director, mi siempre cariñosamente recordado amigo y compañero.



El encuentro que tuvo lugar en París entre Mr. Clemenceau y Mr. Deschanel, dió motivo á que se recordaran otros duelos que podemos llamar parlamentarios. Este lance entra en tal categoría, puesto que fué un incidente en la Cámara lo que hubo de motivarlo. De antiguo, la lista de estos encuentros es bastante larga en los anales parlamentarios. Sin remontarnos á la Restauración, que fué fecunda en duelos políticos y militares, se puede asegurar que no pasa año sin que se registren uno, dos ó tres duelos debidos únicamente á incidentes personales provocados por una interpelación ó por un voto en un proyecto de ley.

Entre los duelos parlamentarios que han alcanzado gran resonancia, es preciso mencionar el de Mr. Benjamin Constant, autor de *Adolphe*, y Mr. Fortin des Issarts, y el famoso combate á pistola entre Armand Carrel y Emile de Girardin, que terminó por la muerte del primero. Apesar de las numerosas proposiciones para la represión del duelo que han sido llevadas á la Cámara desde hace cincuenta años, nuestros representantes no han cesado de ir al terreno. Durante los años de 1877, 1878 y 1879, un gran número de duelos provocados por la política han tenido lugar entre diputados, senadores y periodistas. Presente está el duelo á pistola entre Gambetta y Mr. Fortou, que tuvo lugar en Plessis-Piquet. Dos balas fueron cambiadas sin resultado.

En seguida viene una serie de encuentros entre MM. Perin y Gregori, Laisant y de la Roche, Allain Targé y Robert Mitchell, Paul de Cassagnac y Thomson, diputado de Constantina, después con Mr. Andrieux; Clovis Hugues y Daime, el Conde de Bruville y Maigne, ambos diputados.

De 1881 á 1886, una epidemia de duelos cunden el mundo político. Mr. Mayer y Alphonse Humbert; Ives Guyot y el Doctor Paul Dubois; Andrieux y Charles Laurent; Emmanuel Aréne y Simón Boulée; Mayer, director de *La Lanterne*, y E. Sauton; Lalou y Veil-Picard; Emmanuel Aréne y Ernest Judet; Lelley, director de *L'Agence Havas* y Saissy; Perin y Lavertujon; Rochefort y Portalis, director de *Le XIX Siècle*; Ferdinand Dreyfus y Lebaudy, diputados; Paul Deroulède y Emmanuel Aréne; el general Boulanger (Ministro de la Guerra entonces) y el Baron de Lareinty, senador; Reinach y Deroulède.

En fin, tuvo lugar el famoso duelo á la espada entre Mr. Floquet, Presidente del Consejo, y el general Boulanger, que fué gravemente herido en la garganta. Citaremos todavía el duelo entre Cuneo d'Ornano y Ducland, ambos diputados de la Charente y duelo motivado por las palabras agri-dulces cambiadas en la Cámara; y el duelo de Laguerre y Deroulède.

Llegamos al año 1892, en que los duelos parlamentarios son bastante numerosos. Entre los combatientes mencionaremos á

Mr. Castelin, diputado de Aisne, y Delpeche, diputado de Vaucluse. Este incidente se produjo en la Cámara en el curso de una discusión en que Mr. Delpeche se arrojó sobre Mr. Castelin, llegando á vías de hecho. Se batieron á la espada y M. Delpeche recibió una herida en el brazo. Siguen Mr. Martineau, diputado del Sena, y Prunières, Consejero Municipal; Mr. Dujardin-Beaumetz y M. Fondi, de Niort; Mr Gerville-Réache y Mr. Souques, Consejero General de la Guadalupe. En este combate Mr. Souques recibió una bala en el brazo derecho. Después, Mr. Doumer, diputado de Ionne, y Edwards, director de *Le Matin*. El 22 de Diciembre de ese año un encuentro muy serio tuvo lugar entre Mr. Clemenceau y Deroulède. Seis balas fueron cambiadas sin resultado.

El año pasado, Mr. Deroulède, en plena sesión de la Cámara, hubo de llamar á Mr. Pichon, *Socio de Mr. Cornelius Herz*. En el duelo consiguiente, Mr. Pichon recibió una estocada en el pecho. En seguida viene Mr. Denoix, diputado de la Dordogne, que se bate con Mr. Goussot, diputado del Sena, y quien sale herido de una estocada; Mr. Henri Maret, diputado y director de *Le Radical*, con Mr. Andrieux; Mr. Dumonteil, diputado, con Mr. Lissagaray; Mr. Floquet con el Conde de Haussonville. Este lance fué motivado por un pasaje de un discurso pronunciado en un banquete realista por Haussonville. Dos balas se cruzaron sin resultado.

Terminaremos esta lista citando los duelos de Maurice Barrés y Mr. de Pressensé; General Jung y Mr. Lalou; Mr. Etienne y Mr. Millerand. Este último recibió una estocada en el pecho.

D. FIGAROLA Y CANEDA.

París.

El Rosario Pino⁽¹⁾

Tan pronto á Madrid llegué,
á Lara me dirigí,
y enseguida comprendí
el secreto impulso que
me arrastraba en pos de tí.

Una damita hechicera
de talento peregrino,
apareció, y un vecino,
al que pregunté quién era,
me dijo al punto:—¡La Pino!

—¡La Pino!—volvió á exclamar,
y bien me pude explicar
su ardorosa admiración,
pues me sentí aprisionar
con tu gracia el corazón.

¡Cuál me cautivó el sonido
de tu voz arrulladora,
que imita el canto sentido
que entonan, al ser la aurora,
los pájaros en el nido!

¡Y tus ojos, donde encierra
el amor sus llamaradas,
que miran armando guerra,
cual miran, apasionadas,
las mujeres de mi tierra!

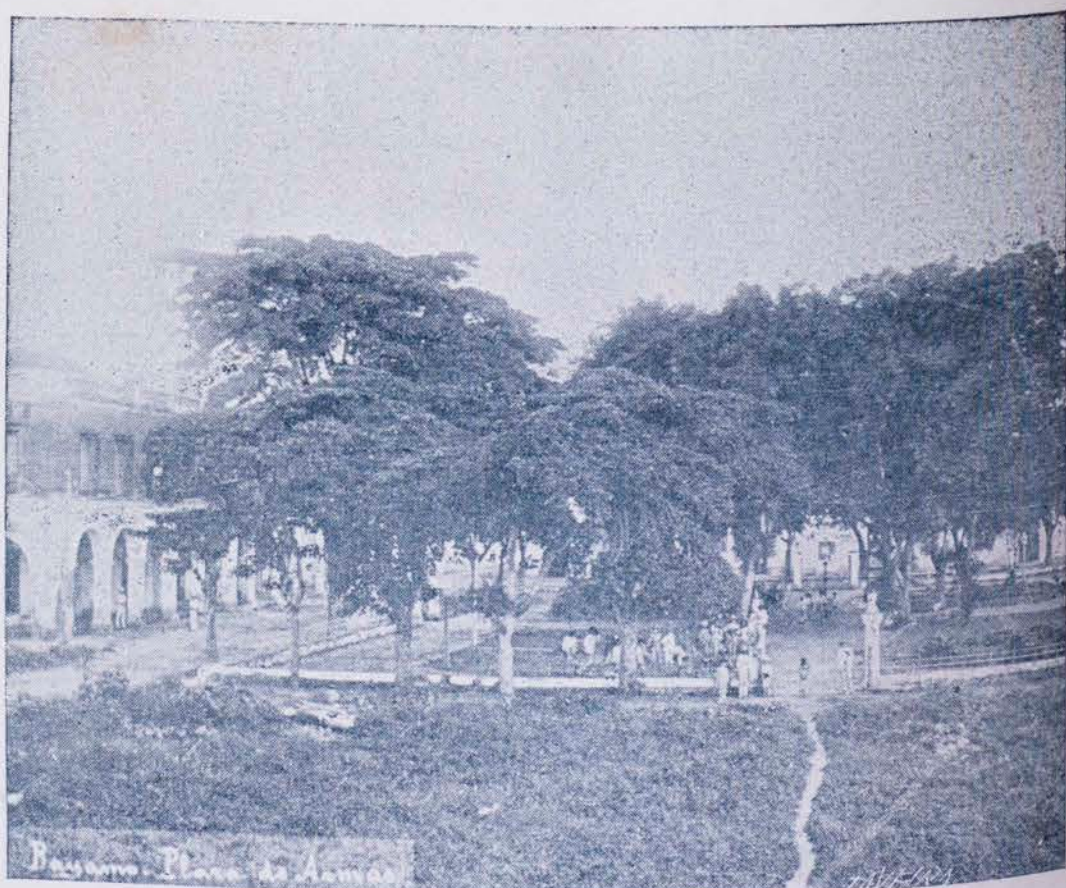
Después, un *abate* (2) amigo,
de mi entusiasmo testigo,
me hizo llegar hasta tí,
y lo que entonces sentí...
vamos, que no te lo digo.

Frente á tu doble poder
que almas y aplausos conquista,
aún no he podido saber
si admiro en tí á la mujer
más que á la célebre artista.

Si elegir es necesario,
por la artista me decido...
No es este el mejor partido,
pero lo demás, *Rosario*,
son *cuentas* de tu marido.

M. S. PICHARDO.

(1) Del álbum con que obsequió la prensa madrileña á esta notable actriz, en la noche de su beneficio.
(2) Pirracas.



TEATRO DE LA GUERRA.—PLAZA DE ARMAS DE BAYAMO.

Abanico "Imperio"

El abanico *Imperio*, se ha impuesto entre las damas de buen tono. El otro abanico, el antiguo, el japonés, huye avergonzado, corrido, ante la aparición de su competidor, el incomparable, el elegante abanico *Imperio*, importado por Carranza, que conoce el gusto de la mujer cubana.

El abanico *Imperio* impera y navega viento en popa.

El abanico *Imperio* viene de París y su propósito es derrotar en toda la línea a su rival, el abanico japonés, precisamente en los momentos en que el Mikado ha logrado una victoria tan completa sobre los ejércitos del gran imperio chino.

El japonés venció con las armas y perdió con la moda. — Hay mil formas distintas, todas caprichosas, todas elegantes. — Pídase el abanico *Imperio* en



La Complaciente
Habana 100

La Especial
Obispo 99

El Japon
S. Rafael 13

Durante el día hice un reconocimiento de aquellos sitios; eran lo mismo que Mouna me los había descrito: una callejuela poseer.

Cuando lo recuerdo, me pregunto á qué móvil obedecía yo entonces, puesto que pudiendo ver con facilidad á mi pequeña árbabe, el asalto no servía en manera alguna para demostrar mi amor. El corazón es muy complejo, y á menudo es difícil darse exacta cuenta del motivo que lo impulsa. Pienso que, no teniendo entonces obstáculos que dominar, encontraba el placer menos delicado. Estamos constituidos de tal modo para la felicidad, que cuando se nos ofrece, no vale nada: el fruto prohibido de la rama más alta, nos parece siempre el mejor, y el que decíamos a toda costa poseer.

Por encima del precipicio, una terraza natural formaba un jardín. Allí se veían alacachofas, lechugas y cardos, bajo la protección de una magnífica palmera, raro sobreviviente de los ideales jardines de Ben-Zagoutta, y único guardián de dichos lugares. Resolví penetrar por la noche en aquel encerrado paraíso.

Ya he dicho que el tío de Mounette habitaba al borde del precipicio, una casa edificada sobre un pequeño promontorio, á la cual se llegaba por una calle irregular y solitaria.

32

MANARPH

66

MANARPH

metro. En el momento en que mi caballo se disponía á franquear el pequeño foso siguiente, distinguí en el fondo á una figura blanca, acostada á lo largo, con penetrantes ojos negros que me miraban. Era ya tarde para contener á Sâbel. Sentí un temblor involuntario, que el caballo advirtió, y asustado tal vez por la aparición repentina de aquella blancura, no hizo el corcel todo lo que hubiera podido para quedar con lucimiento, sin producir daño alguno. Franqueó el foso, sin embargo, pero conoció que el terreno se hundía bajo nuestro peso. Me lancé á tierra, y me precipité hacia mi pobre amiga, la cual podía haber sido herida mortalmente. Ella seguía en el fondo de la sima, más blanca que el tenue lienzo que la envolvía, y dispuesta á morir. Una piedra le había pegado en la frente, pero afortunadamente no estaba mas que desmayada. La cuidé, lo mejor que pude, frotando sus finas manos, besando sus largas pestañas y gimiendo en alta voz por aquella locura.

Quando volvió en sí, acostada entre las anémonas, con la cabeza apoyada en mis brazos, me miró largo tiempo con ternura. — Mouna contenta, exclamó al fin, suspirando.

— ¿Y si te hubiera aplastado, niña?

— Mouna muerta, Mouna llorada, Mouna feliz....!

Mordíamos ya, por turno, el mismo pedazo de sandía y Mouna me regañaba cuando yo daba los bocados dobles; acariaciéndome con sus grandes ojos atetopelados; ocultándose avergonzada sobre mi cabeza, cuando me mostraba petulante, apartándose de repente y volviendo luego á ruego mío, confiada y melancólica; mientras que las bailarinas hacían sonar sus anillos de plata y las tenacillas de los petados, hiriendo el suelo con sus desnudos talones, al eco de un *tan tan*, cuyo ritmo se aceleraba sin cesar.

El viejo escribano había terminado su trabajo, cerrando las persianas de su tienda. Mouna, colgada de mi cuello, con los labios entreabiertos, compartía conmigo su última fruta. Yo veía, al rededor de mí, alargarse las sombras. Parecíame que las columnas se acercaban, y que las pestañas de Mouna rozaban mi rostro, imitando un aleo desesperado. La apisoné, toda temblorosa, entre mis brazos. En ese momento, la danza terminaba, el viejo escribano hacía rechinar su cerradura, y apagando la vaillante lucecilla, quedaron en completa oscuridad, la calle y morisca columnata.

MANARPH

25

MANARPH

86

nunca, con accesos frecuentes de cólera y violencia. Sus grandes ojos se llenaban de claridades. Hasta entonces no había conocido yo más que á la muchacha; ahora era la mujer la que se revelaba con la conciencia de su fuerza y de su belleza.

Al día siguiente salí á la hora habitual, y vanamente busqué á la blanca aparecida que de ordinario alegraba mis ojos y turbaba deliciosamente mi corazón.

Recuerdo aquella mañana de primavera africana, en que el país entero se cubría de flores, que se entreabrían de prisa para morir en seguida bajo las ardientes caricias de un sol devorador; mi juventud comenzaba á florecer también. Mi buen caballo, compartía conmigo mi gusto por la primavera. Caracoleaba, inflaba sus narices, sacudiendo el penacho que le cubría los ojos, relinchando y tendiendo el cuello hacia el espacio. Si hermosa era la mañana, ¡cuán bello es ser joven!

Llegué al campo de operaciones. Había que saltar alternativamente unas cercas y un foso. Me parecieron las primeras demasiado grandes, con el inconveniente de hallarse muy aproximadas al precipicio. Salté muy excelente saltador, y quise probar por mí mismo la exactitud de mi apreciación. Después de un tiempo de galope, para tomar impulso, me introduje por la pista y salté la primera cerca á la altura de un

EL ALMENDARES

— HABANA —
54, OBISPO 54



EL ALMENDARES
54, OBISPO 54
— HABANA —

Optica -- Cirugía -- Gimnasia -- Esgrima -- Joyería -- Perfumería

—Estás loca, callate.
—No, no callarme, amar...!
Y escondía su cabeza entre las manos y gruesas lágrimas se deslizaban como gotas de cristal entre sus dedos mal unidos. ¿Qué diré de aquella mañana de embriagueces, en aquel rincón perdido, que la naturaleza había hecho tan fresco, tan verde, tan tranquilo, para que nosotros fuésemos allí dichosos una hora? Los cinamomos sacudían sus azules penachos sobre nosotros y nos mandaban su dulce perfume; el sol y nos mandaban el horizonte y las golondrinas, que nos rozaban al pasar, iban lejos á secretar nuestros amores.
Entré en el cuartel y dí el informe debido. Aquel lado del campo era terriblemente peligroso: los fosos, demasiado profundos; los vallados, sumamente espesos. A la mañana siguiente, el pelotón mandado al ejercicio, se asombraba al correr hacia el este, con el sol en la cara, de tener que franquear malezas, bastante transparentes, al través de las cuales se distinguían fosos de 40 centímetros de profundidad, y en donde no podía hallar lugar un *hail* blanco, ni unos ojos inflamados, ni nada que se pareciera á una mujer celosa y salvaje.
Fui nombrado sub-teniente. Mi padre, en el colmo del orgullo, quiso que luciera mis charreteras, en su departamento militar. Me escribió, me habló de la alegría

30 MANARPH

13 MANARPH

que tendría en volver á verme, y me rogó que pidiese una licencia por enfermedad. Le respondí inmediatamente que la patria tenía necesidad de mi brazo; que los árabes no estaban todavía sometidos; que era probable que se formase una columna en el Sur; que yo quería ganar una cinta para mi botanadura; que los soldados se debían á su obligación, á su país, al ejército, á su capitán. En fin, le dirigí una carta conmovedora, que fué leída por toda la población, y que me hizo mucho honor. La verdad era que no podía llevarme á Mounette al hacer uso de una licencia para convalecer, y que yo no soportaba la idea de una separación.
Mi nuevo grado me daba una gran libertad. La retreta no venía cada noche á arrancarme de los brazos de mi bien amado; podía verla cuando me agradase. Por lo mismo, nuestras entrevistas eran frecuentes.
Mounette me había dado una prueba de amor, que me impresionó profundamente al principio y que me preocupó después como una deuda de honor, que no debía olvidar. Había arriesgado su vida por los pies de mi caballo, y yo tenía que darle un testimonio, no menos evidente, de mi ternura. Esto me arrebató, fuertemente, y me hizo perder el conocimiento.

Mounette me había dado una prueba de amor, que me impresionó profundamente al principio y que me preocupó después como una deuda de honor, que no debía olvidar. Había arriesgado su vida por los pies de mi caballo, y yo tenía que darle un testimonio, no menos evidente, de mi ternura. Esto me arrebató, fuertemente, y me hizo perder el conocimiento.

III

que le agradara hacer constar su influencia en nuestras entrevistas, el caso es que todos nuestros instrumentos diplomáticos fueron escritos en árabe; tuve que resignarme á ello.
Nuestro amor se excitaba con los mil obstáculos que la vida militar colocaba en nuestras relaciones: unas veces ejercicios; otras, escoltas; otras, paradas. En esos días no podía yo acudir á las citas de la bella niña; pero era bien raro que, á la salida ó al regreso, no observase un *hail* blanco, que únicamente dejaba ver dos ojos grandes y negros, al rededor de mi caballo, para camuflar una palabra ardiente que yo repetía luego, como un devoto con su rosario. La mayor parte de las veces, nuestros ojos eran los únicos que hablaban y á pesar de todo era una alegría comentar sus declaraciones.
En esta época fui encargado de la vigilancia del campo de maniobras, en donde se hacían los ejercicios á caballo, especialmente los saltos de obstáculos, cuya disposición me correspondía. Advertí á Mounette que no podría verla por la mañana, durante algunas semanas. Como ese campo de maniobras estaba demasiado lejos para que á él pudiera dirigirse, creyó ella que yo la engañaba, aunque se guardó bien de comunicarme sus sospechas. Se mostró desde aquel día más seductora y apasionada que

MANARPH 27